

HISTORIA TESTIMONIAL DEL MONTAÑISMO VASCO (yIV)

Concluimos este avance del libro "Historia Testimonial del Montañismo Vasco", escrito por Antxon Iturriza, que será próximamente editado por Pyrenaica, viajando a tierras sudamericanas.



Antxon Iturriza

EMIGRANTES POR LAS ALTURAS



UY diversas han sido a lo largo de la historia las razones que han impulsado a miles de vascos a cruzar el Atlántico. Las penurias económicas, los exilios políticos o la vocación evangelizadora han ido nutriendo desde finales del siglo XIX una gran corriente migratoria que se ha dado en llamar La diáspora vasca.

Algunos de ellos se llevaron al otro lado del océano, además de sus nostalgias y frustraciones, el instinto de crecer hacia lo alto, de elevarse en el paisaje al encuentro de perspectivas exclusivas de los pájaros y los vientos como lo habían hecho en las montañas de su tierra.

Escasas referencias fehacientes han quedado del paso de estos montañeros improvisados por las cumbres de América. Tres ejemplos, con un emigrante, un exiliado y un sacerdote como protagonistas, pueden servir para esbozar la que debió ser la desconocida historia alpina de los emigrantes vascos.

■ EL PASTOR DE CALIFORNIA

Nazario Esparrea debió ser uno de los centenares de pastores vascos que emigraron a tierras americanas a buscar una vida mejor. Lo que no sabremos nunca serán los impulsos que le llevaron un día a emprender el ascenso de una cumbre hasta entonces virgen, en las montañas de la High Sierra en California.

En el libro "The High Sierra. Peaks, Passes and Trails", de J.R. Secor, se recoge una curiosa reseña en la que se cita el ascenso que Esparrea realizó el 20 de agosto de 1929 a la cima del Mount Crocker, de 3797 metros, que nadie había escalado hasta entonces. El detalle de la ascensión pormenoriza las dificultades del ascenso expresadas en la escala entonces vigente en Estados Unidos: "La ladera sur puede ser alcanzada desde el Lago Pioneer, cruzando los arenales entre el Mount Crocker y el Pico 12.404. Existen algunas pendientes inestables de dificultad 2-3 en la cara noroeste y la última parte de la arista noroeste es de grado 3, después de una aproximación sobre terrenos arenosos".

Podemos imaginar al pastor alcanzando la cima de la montaña como único elemento móvil en medio del estatismo mineral de la sierra californiana y también su silueta recortándose en el aire sofocante que llegaba desde los desiertos del sur.

Al sureste, estaba el pico denominado en la cartografía 12.404, vecino del Crocker, que no sería ascendido hasta 1950. Nazario permanecería solo, dominador gratuito de la nada y del todo, quizás recordando con nostalgia en aquel entorno rocoso alguna montaña verde de su lejano país. Luego emprendería el descenso al encuentro del rebaño, delatado por el ladrido de los perros en la distancia brumosa.

(Información facilitada por Evelio Echevarria).

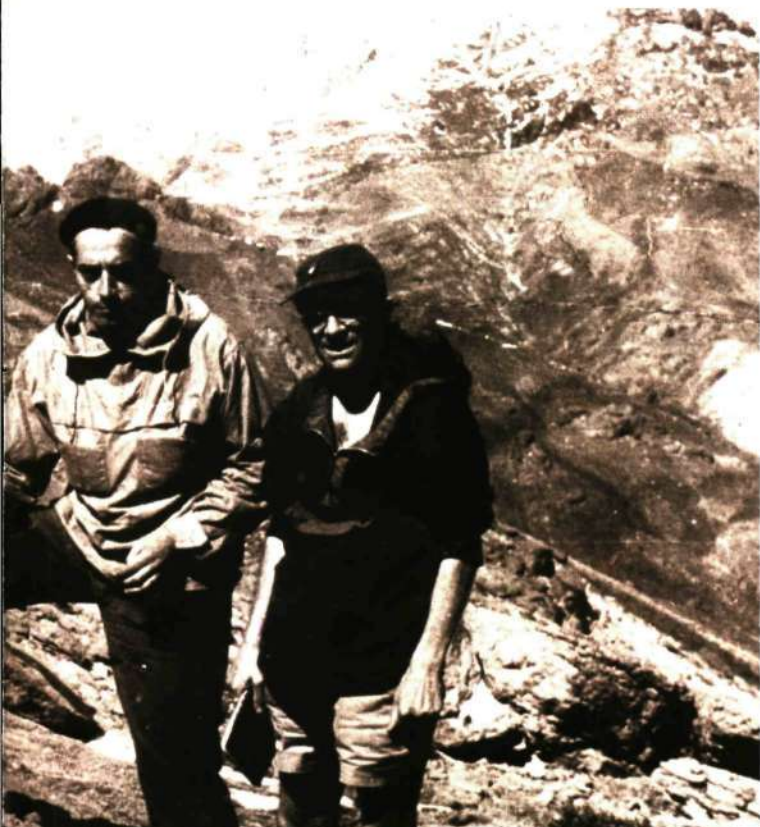
■ EL PICO EUZKADI EN CHILE

A poca distancia de Santiago, en la cartografía chilena aparece una montaña que lleva el nombre de Pico Euzkadi. Esta cima de 3625 metros guarda una curiosa historia de nostalgias de otra gran corriente de emigración vasca, como fue la de los exiliados que arribaron a América del Sur tras la guerra civil de 1939.

Corría el año 1956. La Euzko Etxea" de Santiago de Chile aglutinaba a buena parte de los emigrantes vascos que se habían asentado en la capital chilena. Algunos de ellos seguían conservando las aficiones montaÑeras que habían mantenido en la anterior etapa de su vida en Euskal Herria. Y fue el instinto nunca perdido de mirar hacia las cumbres el que les hizo fijarse en una montaña sin nombre, que se encontraba al sureste de la



■ Agapito Palacios, Tomás Alberdi y Polentzi Uriarte, en la cumbre del Pico Euzkadi



urbe santiagueña, en el Cajón del Maipo y no lejos del Cerro Catedral..

En el seno del club Kaiku, una agrupación creada para canalizar las aficiones montaÑeras de la colonia vasca en Santiago, surgió la idea de ascender a aquella cima sin denominación cartográfica y bautizarla con un nombre que recordara a la tierra siempre recordada.

El 30 de marzo se organizó la ascensión. Formaban el grupo Agapito Palacios, un riojano de nacimiento en Barakaldo, el bilbaíno Tomás Alberdi y el bermeano Polentzi Uriarte. Les acompañaba Loyola, otro vasco, miembro del Club Andino.

De aquel ascenso cargado de añoranzas quedó la fotografía que hizo el propio Loyola, en la que los tres andinistas testimonian con un cartel los datos de la jornada sobre la cúspide de rocas descompuestas del que habían bautizado con el nombre de Pico Euzkadi.

De los protagonistas de esta ascensión, únicamente Agapito Palacios, que entonces tenía 39 años, practicó con asiduidad la montaña, llegando a ascender a cumbres relevantes como el Cerro Cortaderas de 5200 metros en el Cajón Morado y la esbelta Punta Italia de 4863, en el Cajón del Maipo, participando, asimismo, en numerosas operaciones de rescate de los grupos de socorro andino. Deportista nato, todavía con 65 años, Palacios participó en Helsinki en los Campeonatos del Mundo de veteranos, en la distancia de 800 metros.

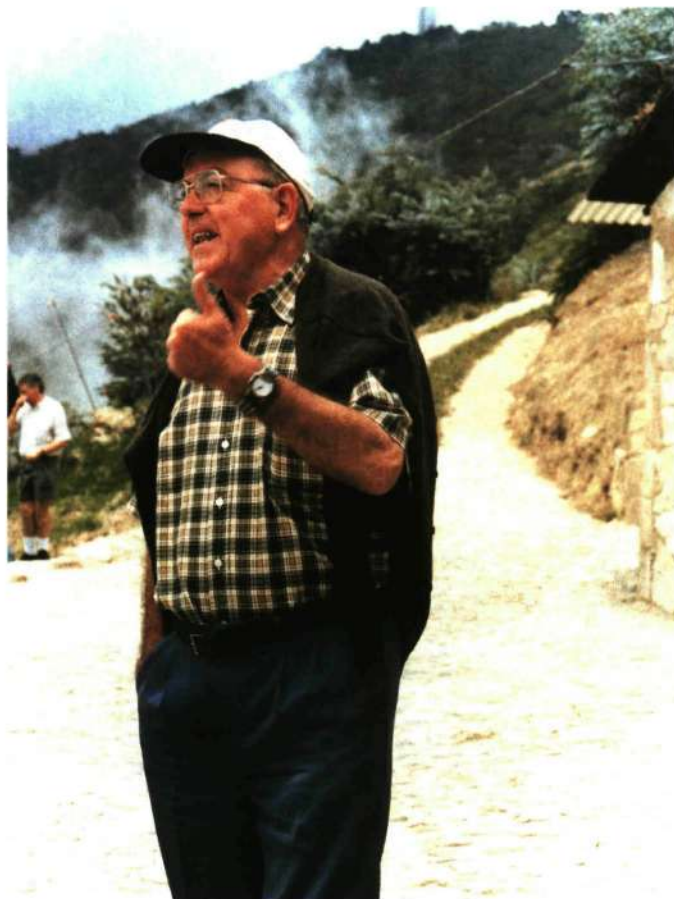
El bautizo sentimental del Pico Euzkadi, que habían realizado, "en homenaje al lehendakari Agirre", debía ser refrendado en el catastro chileno. Sin embargo, el general encargado del servicio, también de origen vasco, denegó la autorización argumentando la imposibilidad de inscribir nombres ajenos a la toponimia chilena. Ante el bloqueo administrativo de sus deseos, los tres protagonistas de esta historia optaron por registrar a su montaña con el nombre de Narkis, en recuerdo de Narkis de Sasía, hijo de otro exiliado vizcaíno, que había perecido tres años antes arrastrado por un alud.

A pesar de este fracaso inicial, no cejaron en sus pretensiones. Unos años más tarde, presentaban de nuevo la propuesta, esta vez con mayor fortuna. Desde entonces, en la toponimia chilena existe una montaña que recuerda al país de los vascos.

(«Una montaña chilena fue bautizada con el nombre de "Euzkadi" por tres vascos». Deia, 15-4-1994. Datos facilitados por Evelio Echevarria, Agapito Palacios, Josu Iztueta, Santiago Yaniz y Amaia Mangas).

■ EL MAESTRO DE LOS MONTAÑEROS VENEZOLANOS

El 25 de mayo de 2001, a las tres de la madrugada, el jesuita Pedro Ignacio Galdos se despertaba sobresaltado por una llamada de teléfono a su habitación en la residencia del Colegio San Ignacio de Caracas. Confuso y somnoliento, descolgó el auricular. "Padre, han subido al Everest..." espetó la voz excitada de un antiguo alumno al otro lado de la línea. El padre Galdos no pudo contener unas lágrimas emocionadas. Aquella noticia, llegada



■ El padre Pedro Ignacio Galdos, promotor del andinismo venezolano



■ El padre Galdos, en una de sus ascensiones andinas.



minutos antes desde la vertiente tibetana del Chomolugma, significaba también para él la coronación de la cima más alta de sus aspiraciones como impulsor de las actividades montaÑeras del Centro Excursionista Loyola de Caracas.

No obstante, él no había hecho sido seguir la tradición montaÑera que otros jesuitas vascos habían promovido muchos años antes, desde el mismo momento de la fundación en del Colegio San Ignacio, el 8 de enero de 1923.

Ya entonces, en el primer horario de clases, el donostiarra padre Luis Zumalabe había incluido un espacio en el que se anunciaba que los alumnos "todos los jueves por la tarde tendrán una excursión...".

La lista de jesuitas promotores de estas incipientes excursiones en los primeros años está cuajada de nombres euskaldunes como los de Pepe Markiegi, Epifanio Agirre, Pedro Agirre, Martín Urrutia o Manuel Agirre Elorriaga. Pero el líder montaÑero más activo la época inicial del centro sería el padre Feliciano Gastaminza. Fue él quien fundó el Loyola Sport Club y el que escogió como distintivo del grupo los colores rojiblancos del Athletic de Bilbao.

Nacido en Hernani en 1896, Gastaminza encabezó las primeras salidas a las cumbres más relevantes de la cercana cordillera de la costa como el Galipán, Naiguatá o Pico Oriental. Cuentan que partía en ayunas para poder comulgar y cargado, además, con la pesada piedra del ara del altar para celebrar la misa.

De una excursión al Pico Oriental, de 2640 metros, llevada a cabo en 1931 bajo la dirección de los padres Muruzabal y Gastaminza, ha quedado un poético relato:

"Poco después de media noche, andandito hacia la silla. A las 4 a.m. descansamos en el Pico Occidental, de 2480 metros. A la derecha Caracas parecía un gigantesco campo de estrellas, a nuestra izquierda, el rumor lejano de las olas que mueren en la arena de la playa... Una arremetida más y a las 6 a.m. nos hallamos en el Pico Oriental. Del valle de Caracas se levanta un mar de neblina y debajo...



▪ Tocado con txapela, el padre Gastaminza, posa junto a un grupo de excursionistas venezolanos



▪ Escudo del Centro Excursionista Loyola, luciendo los colores del Athletic

En la falda de un monte que engalana feraz llanura de perpetuo abril, tendida está, cual virgen musulmana, Caracas, la gentil.."

Respondiendo al asentamiento de la afición montaÑera entre los alumnos del colegio jesuítico, en 1934 tomaba cuerpo la Sección Excursionista del Loyola Sport Club. Cuatro años más tarde, este movimiento se consolidaba con el nacimiento del Centro Excursionista Loyola, cuya primera actividad ambiciosa sería intentar el ascenso al Pico Bolívar, de 4979 metros.

El 7 de abril de 1938 partía de Caracas el grupo de 26 excursionistas con el padre Lucio Basauri a la cabeza. No llevaban sacos, ni crampones, ni piolet; sólo una cuerda de las usadas para atar caballos. "Pasamos la noche en la Laguna Sangre, con un frío insoporable. La laguna ofrecía un bonito cristal de hielo. A las seis y media emprendimos la subida al Pico Espejo. Después bajamos a Timoncito. Nos emocionó la nieve y los témpanos de hielo".

■ El padre Federico Muniategi camino de Galipán

FOTOS ARCHIVO AUTOR



El Pico Bolívar estaba cerca con sus crestas dentadas hacia el cielo. "Todos estábamos en perfectas condiciones físicas, pero el tiempo urgía. Eran las nueve de la mañana y aquella tarde de Miércoles Santo teníamos que estar de regreso en Mérida(..) Nos dimos por satisfechos con haber alcanzado las nieves eternas del trópico y una altura máxima de 4800 metros". Finalmente, sería otro jesuita vasco, el vizcaíno Pascasio Arriortua, quien lograría años después conducir a los primeros jóvenes venezolanos hasta la cumbre más elevada del país.

En 1964 llegaba de Barquisimeto al club loyoltarra, tal y como era conocido en Caracas, el padre Pedro Ignacio Galdos, llamado a ser una figura decisiva en el desarrollo del montañismo venezolano.

Galdos había nacido el 31 de julio de 1931 en Aretxabaleta, junto a un hermano gemelo al que dieron el nombre de Ignacio Pedro. Curiosamente, fue inscrito con el nombre de Kepa, que con posterioridad sería tachado del registro cuando el régimen de Franco prohibió la inscripción de nombres vascos.

La venida al mundo el día de San Ignacio parece que predestinó el ingreso de los dos hermanos en la Compañía de Jesús. Ambos con vocación misionera, Ignacio Pedro fue destinado a la región india de Gujerat, mientras su hermano Pedro Ignacio tomaba el rumbo de Venezuela.

En su equipaje a América, Galdos se llevó con él una afición montañera que había nacido de una forma natural y hasta necesaria en su valle natal de Leintz. Las cumbres de Kurtzebarri, Murugain y Asensiomendi habían limitado el horizonte de su niñez hasta hacer de la montaña un entorno natural y evidente en su vida.

El 20 de diciembre de 1970 alcanzaba la cumbre del Pico Humboldt, de 4942 metros y el 5 de marzo de 1973, coincidiendo con el cincuenta aniversario de la fundación del Colegio San Ignacio, llegaba con un grupo de alumnos activos y antiguos a la cima del Bolívar. Siguiendo su costumbre, celebraba allí una misa, acto que repetiría en los años sucesivos en las grandes cimas de los andes venezolanos, como La Concha, de 4922 metros (6-1-1973), Bompland, de 4883 (5-1-1975), Pico Toro, de 4719 (26-2-1976) y nuevamente en el Pico Bolívar (29-3-1976).

Algunos de estas ascensiones fueron relatadas por el mismo en las páginas del Diario Vasco. El 22 de junio de 1974 describía la incursión que había realizado ese mismo año en la Sierra Nevada de Cocuy, en Colombia.

"Por la tarde limpió el horizonte y nos quedamos atónitos ante un espectáculo celestial: inmóviles, silenciosos, se alzaban los nacarinos picos de Concanto (5200 metros), Pan de Azúcar (5300), Portones, (5325) y Pico Daniel (5389). El azul de las rocas palidecía, las luces vespertinas de los glaciares se extinguían; avanzaba la noche. Hacía un frío insostenible. Nos adentramos en nuestros sacos de dormir.."

Al amanecer partieron hacia los nevados Concanto y Daniel. En esos momentos en los que la voluntad pugna duramente con el instinto, Galdos evoca a su tierra. "Al iniciar la escalada me acordé de Arechavaleta, del último boletín que había leído de la sección de montaña de la UDA. Me alegré de los planes que tienen los mendigoizales achabaltarras..."

Pronto deberían renunciar a la cima de Concanto a causa de las insalvables grietas del glaciar. Se encaminaron como alternativa hacia el Pico Daniel. "El tiempo empeora. No vemos a cinco metros. No pensamos en volver, nos convertimos en una suerte de máquinas que despacio, muy despacio, trepamos gracias a nuestros piolets y cuerdas..."

El glaciar se mostraba caótico y los puentes de nieve apenas soportaban con seguridad el paso de los andinistas. "Ya no eran grietas, era el piso entero el que se hundía bajo nosotros". De pronto, un crujido les cortaba la respiración. Sentían que estaban caminando sobre un campo de minas. Pisando con máximo tiento siguieron avanzando por el glaciar. El hielo crujió otra vez. Continuaron la respiración. "El pico Daniel se abría entre las nubes y lo veíamos con su acanalada capa de hielo verdiazul". Ascendieron hasta 5162 metros. No faltaba demasiado, pero no irían más lejos: una grieta imposible de superar les cortaba el camino. Se tenían que volver. Como él propio Galdos había escrito, "El montañista tiene que saber que lo que importa no es la cumbre, sino la lucha, el esfuerzo, el camino en el que se luchó con afán; otra vez será la 1 victoria..."⁽¹⁾

El 25 de marzo de 1982 Perico Galdos, como se le conocía en los ambientes excursionistas, era objeto de un homenaje por sus 18 años de trabajo en fomento del andinismo, "porque no existe excursionista venezolano que no haya recibido algún favor suyo", le elogiaría el propio Ministro de Cultura.

Pero, sin duda, la mejor recompensa que Galdos podía recibir eran las noticias de las andanzas por las montañas del mundo de quienes habían sido sus alumnos. En la década de los noventa esas actividades fueron ascendiendo paulatinamente en altitud y dificultad. Tras los gigantes andinos del Huascarán, Aconcagua, Ilimani o Alpamayo, los socios del Centro Excursionista Loyola saltaron al Himalaya, alcanzando allí cimas relevantes como el Ama Dablam, Pumori, Shisha Pangma central y Cho Oyu. En la primavera de 2001, esa progresión había culminado en la misma cumbre del Everest. Dos días después del ascenso, el padre Galdos recibía una llamada desde el lejano campo base de la montaña. Era Martín Etxeberria, uno de los expedicionarios, hijo también de padres vascos, que le llamaba para decirle: "Padre, este triunfo también es suyo..."

(1) Diario Vasco, 22-6-1974

(Galdos, P. 60 años del Centro Excursionista Loyola. Caracas, 1998.)